

San José, Costa Rica

10 de Abril de 1913

RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA-ARTE-CIENCIA

Año III

Ricardo Falcó Mayor, Editor

Núm. 55

SUMARIO:

La sociedad del porvenir....	<i>S. Ramón y Cajal</i>
Una generación juzgada por otra.....	<i>Varios</i>
Educación razonada.....	<i>Dr. Frank Aube</i>
Recibos y notas.....	<i>La Dirección</i>

La sociedad del porvenir

Lego en la ciencia creada por Comte y desarrollada por Spencer, me he preocupado muy poco, o mejor dicho, no he tenido tiempo de preocuparme de la parte moral e intelectual del hombre considerado en sus relaciones con la sociedad y el Estado. Abeja obrera de la gran colmena humana, me he limitado buenamente a libar en el jardín de la naturaleza para fabricar mi pequeña e individual celdilla, dejando que otros, con visión aquilina y genio sintético, tracen la perspectiva y hagan la filosofía de la obra común, marcando los futuros rumbos del enjambre humano.

El hombre social de hoy, adulterado por la morbosa adaptación al capital, viene a ser una mezcla extraña de civilización y barbarismo. Piensa y siente, al parecer, como un cristiano, pero obra a la usanza de un ciudadano de las aristocráticas e inhumanas repúblicas antiguas. La esfera de inteligencia ha crecido tanto como ha menguado la de la voluntad.

Cada día más refractaria al senti-

miento de la justicia, la sociedad actual nos da el triste y paradójico espectáculo de un mundo al revés: arriba, entronizados y venerados, el vicio y la holganza; abajo, luchando con el hambre y el dolor, los laboriosos y los útiles, es decir, las cabezas que según diría Spencer han adaptado mejor, aguijados por la dura necesidad, soberano escultor de la arcilla nerviosa, las relaciones dinámicas internas a las externas.

De donde la inevitable decadencia y estancamiento de la raza humana, puesto que las organizaciones superiormente adaptadas son consumidas por las infecciones, en tanto que, por lo contrario, los zánganos, los inadaptables, los indigentes de espíritu, ahitos de placeres, incuban prole robusta, perpetuando de esta suerte el peso muerto de la máquina social.

No rigen, pues, para el hombre civilizado los principios de la selección del más apto, ni prevalece en la lucha por la vida la casta de los mejores; antes bien, la adaptación se ajusta a una condición artificial ex-